

8: LA VIDA SOCIAL EN NICARAGUA

Amenidades de la Sociedad — Sol y Flores — El Cónsul Francés — Escaso Dinero Efectivo — “Apúntelo” — Clases de Esgrima — El Viejo Caballero — Jugando a la Horca — Espías en San Juan — El Padre Vijil — Una Escena Conmovedora — “Guerrero” — Muerto, pero Empuñando el Rifle — El Rey de la Mosquitia — El Capitán Kinney.

Durante la estancia de los americanos, la vida en Nicaragua tuvo aspectos más suaves que el retumbar del cañón. De los audaces seguidores que el general Walker atrajo a su bandera, muchos eran hombres de vívida imaginación y recia virilidad, susceptibles al encanto de las mujeres bellas y familiarizados con los placeres de la sociedad elegante. En épocas remotas, su temperamento les habría llevado, si no a luchar contra las huestes sarracenas de Saladino, a arriesgar sus vidas en España contra los moros. Ocasionalmente se encontraría entre ellos un Falstaff, mas también había hombres dignos de acompañar al caballeroso Chandos.

En las principales ciudades nicaragüenses y en las vastas haciendas, existían familias que conservaban las costumbres aristocráticas y las tradiciones de sus ancestros españoles. Poseían riquezas y vivían con lujo. Sus hijos e hijas se educaban a menudo en las universidades y conventos de Europa. En esa forma, la sociedad selecta de Nicaragua mantenía una elegancia y un brillo, una delicadeza y un refinamiento, que se manifestaban en la gracia de sus mujeres y en la galantería de sus caballeros. Se notaba que las damas con sangre de Castilla eran más blancas, y a veces más atractivas que sus compañeras morenas. Repetidas veces, al llamar “española” a una de esas hijas de Castilla, me replicó con instantánea indignación: “Yo soy castellana pura”.

La exuberancia tropical de sus flores, su sol radiante, sus cielos azules y la blanda languidez de los plenilunios, hacen de Nicaragua una tierra en donde el corazón se muestra sensible al amor y a la afectuosa simpatía. Pianos había en algunos hogares, pero la guitarra, más dulce y más suave que en los climas del Norte, era el instrumento musical predilecto. Al rasgueo de sus acordes, secundando la canción de alguna mujer adorable, se deslizaron sensualmente las noches de Rivas, de Granada, de León y de

San Juan del Sur. De licores, casi sólo vino se consumía, con generosa abundancia; modestamente las damas lo paladeaban, en presencia de los caballeros.

Era, pues, apenas natural que los corazones de los belicosos *filibusteros* sucumbieran bajo tales influencias; y que a su vez, también las bellezas de negros ojos cayeran rendidas ante quienes imploraban su amor. Algunos americanos se casaron con estimables mujeres nicaragüenses y adquirieron la ciudadanía del país — al igual que los lotófagos, jamás volvieron a su tierra natal.* Otros amaron con honra sólo para luego partir, arrojados allende los mares por los funestos reveses de la guerra.

La hermosura y el encanto de estas muchachas latinas fueron líricamente celebrados por quien bien las conoció: el general Mirabeau Buonaparte Lamar, Ministro Residente de los Estados Unidos en Costa Rica y Nicaragua en 1858.** Estos son sus versos a *La Hija de Mendoza*:

*¡Dame, dulce cenizontle, dame
Tu melodía junto a la fontana!
¡Préstame, torrente, préstame
Tu égloga agreste de las montañas!
Que pueda yo así mi cantiga entonar
Por mi alegre morena, diamante y coral.
De un príncipe corona, gema y joya
La hija de Mendoza*

*¡Cómo la estrella matutina brilla!
¡El vespéral lucero, cuán tierno es y límpido!
De ambos en sus ojos la luz fulgura y reposa,*

* Aunque decenas de millares de norteamericanos cruzaron por Nicaragua a partir de 1849 y algunos se radicaron en el país, la guerra de Walker acabó con el tránsito y generó un clima en extremo hostil hacia ellos. El diplomático estadounidense William Carey Jones, tras visitar Costa Rica y Nicaragua a raíz de la expulsión de Walker, informaba a su gobierno desde la hacienda El Polvón, cerca de El Realejo, el 30 de Enero de 1858:

“A pesar del terror que sienten por los norteamericanos que se les presentan como aventureros o invasores, ni este Estado [Nicaragua] ni Costa Rica sienten respeto alguno por el gobierno de los Estados Unidos ni, en consecuencia, tampoco por los ciudadanos de nuestro país que se encuentran aquí. A ninguno de los dos Estados se le ha exigido indemnizaciones por los ultrajes inferidos a nuestros ciudadanos, por lo cual ambos consideran presas lícitas a todos los norteamericanos que caen en su poder, así como consideran también que nuestro gobierno es impotente para proteger a nuestros ciudadanos fuera de nuestras fronteras. Los pocos norteamericanos que permanecen en el país han llegado a conclusiones idénticas y se ven obligados a portarse ‘muy humildes’, para usar las palabras del Gobernador Militar de Rivas...”¹

**Ver datos sobre Lamar en el Anexo N° 10.

*Suavidades todos y toda esplendor.
Si no acunara en sus pestañas sombras,
En fuego su vista deslumbraría al Sol.
Y oscurécete, Noche, cuando las recoge
La hija de Mendoza*

*Oh siempre alegre beldad graciosa y cándida.
De hechiceros embrujos mil veces divina.
Laúd tu voz que plata arrulla en la garganta,
Célico arcoiris, sonríesme, querubina.
Y tuyas y tuyos las auras son y los montes.
Gacela en sus saltos cual alta flecha joven
Y en cadencioso océano turgente ondina
Hermosa hija de Mendoza.*

*¿Y si al hado plugiese partirme sin verte?
¿Si de tí, hoy cercana, desgárrame la suerte?
Flotarán tus formas, de esmeraldas cendal,
Musa eterna de mis cosas.
Pues a olvidarte no atrévome, mi morena canora,
Visto habiendo de tu faz radiante belleza tal.
Estrella sin ponientes: sola y pura en la aurora
¡Hermosa hija de Mendoza!**

Cuando no estaban en campaña, los americanos permanecían acuartelados en las ciudades y durante ese interludio se multiplicaban las diversiones. En Granada, la banda del regimiento daba animación y entusiasmo a los acontecimientos públicos. Se invitaba a los oficiales a las casas de los ciudadanos, en donde había fiestas, bailes y juegos de cartas.** Era inevitable que los americanos jugaran entre ellos a las cartas, no siempre

* Versión castellana de Mario Cajina-Vega.

**El nombre de Jamison figura entre los invitados a una de esas fiestas. *El Nicaraguense* trae la noticia de una cena ofrecida a los oficiales del ejército por Mr. William Bowen, un comerciante recién establecido en Granada, en la "Granada House" de Mr. Woods el martes 4 de Marzo de 1856: "Una cena excelente, rociada de ríos de vinos alemanes, franceses y españoles, y consolidada por botellas de magnífico cognac", entre cuyos comensales nombra al teniente "Jamison, de Massaya". Los numerosos brindis "Al General Walker", "Al Estado en que Vivimos", "A Nuestra Patria Adoptiva", "Al Ejército", "A las Damas", "A Nuestro Anfitrión", etc., fueron amenizados por la banda de música del regimiento bajo la dirección de John W. DeFrewer, la cual ejecutó "aires nacionales de muchos países y estrenó un nuevo pasodoble compuesto por Mr. Flynn, dedicado al general Walker..."² El nombre de Walker, sin embargo, no figura entre los asistentes, como tampoco el de ningún granadino.

por mero placer, y que las cenas rociadas con licores concluyeran en una francachela. Tampoco cabe negar que estos eventos se convirtieron a veces en verdaderas olimpiadas de bebedores, al fin de las cuales lograban asirse a la mesa sólo los más resistentes.* El general Walker jamás concurrió a tales festividades, y si acaso alguna vez bebió, yo no lo supe. En más de una oportunidad, los americanos salieron a librar un combate inesperado bajo efecto de los vapores alcohólicos. En tales ocasiones el enemigo se daba a la fuga antes de lo acostumbrado.

“La Taberna de a *Rial*” del cónsul francés, hombre astuto, era el lugar favorito de los americanos en San Juan del Sur. Daba al Océano Pacífico, y enfrente había un gran roble que la cobijaba bajo su sombra. Era una casa de madera con el *saloon* a la entrada, detrás un almacén de abarrotes y al fondo las habitaciones del cónsul, quien era un tipo servicial. El gobierno de Nicaragua proveía de ropa y equipos a sus soldados, pero casi nunca les podía dar dinero. Pronto se agotaron los fondos personales, y la mayor parte del tiempo aun los caballeros más elegantes del ejército andaban sin un centavo en el bolsillo. El dinero circulante provenía de los Estados Unidos, pues el gobierno de Nicaragua no acuñaba monedas ni emitía billetes de ninguna especie. Cuando un vaso volvía al mostrador, tras lubricar la correspondiente garganta, se oía una voz aún húmeda decirle al cónsul: “Apúntelo”, y éste con gracia increíble aplicaba el lápiz. Estoy seguro que esas cuentas en total sumaron miles de dólares, y todo indica que nunca fueron canceladas. No obstante, el cónsul se resarcía de las pérdidas vendiendo abarrotes al gobierno con lucro exorbitante.

Cuando en 1856, en San Juan del Sur, el capitán Fayssoux se apoderó de la goleta costarricense *San José* con las bodegas repletas de vino clarete, buena parte de su flete se distribuyó entre la oficialidad. Causas a ello, recibí el risueño reproche de un superior. Entregué una petición por es-

* Las *Reglas y Artículos de Guerra* del Ejército de la República de Nicaragua, estatuidas por Walker el 20 de Junio de 1856, contemplaban en su “Art. 20. Si un oficial se embriaga mientras monta guardia, anda de patrulla o presta cualquier otro servicio, será degradado; y cualquier clase o soldado raso que cometa esta falta, será castigado a discreción por un consejo de guerra”.³

Un mes más tarde, Walker se vio obligado a emitir la siguiente orden: “Granada 22 de Julio de 1856 — Como consecuencia de una petición hecha al Comandante en Jefe, referente a una enmienda a las Reglas y Artículos de Guerra, se informa lo siguiente: El Comandante en Jefe ve con tristeza que una de las principales virtudes militares —la sobriedad— no goza de la estima que debería tener en el ejército. Encarecidamente exhorta a los oficiales del Ejército que den el ejemplo en este respecto a sus soldados, moderándose y controlándose ellos mismos, y que apliquen el castigo adecuado tanto en el orden social como en el legal a la intemperancia, calculada para acarrearle deshonra y desprecio al Ejército. Por orden de William Walker, Comandante en Jefe. Ph. R. Thompson, Ayudante General”.⁴

crito al general Hornsby en los siguientes términos: “Por favor, acépteme este recibo por dos cajas de vino”. Ceñudo, el general Hornsby rechazó mi solicitud diciendo que eso de “favor” no era nada militar. Un borrón de un plumazo y conseguí el vino.

El abigarramiento caracterizaba a los uniformes de los americanos. El ejército no tenía un uniforme oficial, y aunque lo hubiese tenido, el gobierno carecía de fondos para proveerlos. La mayoría de los oficiales usaban el uniforme de su rango en el ejército de los Estados Unidos, y muchos llegaron a Nicaragua con él puesto. Hago memoria de la grandiosa figura del coronel “Billy” Wilson a su ingreso de Nueva York con cinco o seis baúles-saratoga atiborrados de prendas sartoriales. Su uniforme opacó a todos los demás en Nicaragua. El coronel era rico y podía gastarse esos lujos. Recuerdo con la mayor satisfacción, cuando generosamente distribuyó entre sus amigos el contenido de uno de sus seis baúles, repleto de finas camisas de lino, habiendo alcanzado yo más de media docena que alimentaron mi ropero, hartó frugal.

El coronel Wilson me brindó su amistad en una forma aún más valiosa después que salí de Nicaragua, procurando visitar mi casa en Missouri. Habiendo desembarcado en Nueva York sin un centavo en la bolsa, me dirigí a un sitio que llamaban “Oficina Principal de Nicaragua”, a cargo de un individuo de apellido Lawrence. Allí encontré al coronel Wilson, quien indagó acerca de mis planes. Apenas se enteró de lo precario de mi situación, me obsequió con un boleto de ferrocarril de Nueva York a Alton, Illinois, en donde tomé pasaje por vapor hasta St. Louis.

Nuestras armas eran anticuadas: fusiles de reglamento del ejército de los Estados Unidos, de calibre liso, con fulminante y bala, pistolas Colt de modelo viejo y sables. Los Batidores (la caballería de Walker) iban armados de rifles, pistolas y sables. Diario se daban clases prácticas de esgrima, en la cual se mostraron extraordinariamente hábiles varios oficiales, sobresaliendo los capitanes William Williamson y McArdle.* McArdle era

* El ejército de Walker tuvo, por lo menos, cuatro capitanes de apellido Williamson; dos de ellos hermanos: Benjamin y William. Benjamin, uno de los filibusteros del *Vesta*, resultó herido en una pierna en la batalla de La Virgen, lesión que requirió largos tratamientos por los especialistas de San Francisco y Nueva Orleans.⁵ Los otros dos, Sumpter y James H., no aparecían como parientes. James H. fue quien se ahogó en el lago, al caerse del vapor, episodio narrado por Jamison en el capítulo 5.

En cuanto a John McArdle, recibió sus galones de capitán y se le nombró instructor en el uso de armas de defensa personal el 9 de Febrero de 1856.⁶ Dos meses más tarde, en la batalla de Rivas se hizo cargo del cañón costarricense capturado, y *El Nicaraguense* lo alaba como “excelente e intrépido artillero”.⁷ Esa misma mañana protagonizó el episodio narrado por Jamison en el capítulo 5, al recibir un tajo de bayoneta en el antebrazo y exclamar disgustado: “El

el instructor de esgrima del ejército. Al capitán Williamson lo vi en San Juan del Sur capear el ataque de seis soldados con fusiles y bayonetas hechizas, manejando su espada con tanta destreza que no lograron tocarlo.

Durante todo el verano y comienzos del otoño de 1856, el cuartel general de la brigada del Departamento Meridional sufrió repentinos traslados, movilizándose entre La Virgen, San Juan del Sur, Rivas y San Jorge. Cuando, temporalmente, nos encontrábamos en Rivas, se arrestó a varios caballeros de la clase adinerada, encerrándoseles en la cárcel a fin de que una junta militar les interrogara respecto a su lealtad. En San Jorge, uno de esos viejos altivos me jugó una pasada que me causó disgusto y enojo. Sin aparentarlo, su conducta iba encaminada a facilitar su fuga. Recibimos orden de trasladarnos de Rivas a San Jorge, a tres millas de distancia junto al Lago de Nicaragua; como aún no recuperaba de mis heridas, se me permitió ir a caballo, privilegio disfrutado únicamente por los oficiales del estado mayor y los batidores del coronel Waters.

Al momento de partir, ese viejo caballero, contra quien los cargos eran vagos e indefinidos, solicitó al general Hornsby evitarle la humillación de marchar entre los prisioneros de guerra y que le agradecería como un favor muy particular el dejarle cabalgar conmigo. El general Hornsby accedió, pero advirtiéndome que me hacía responsable de la entrega personal del prisionero en San Jorge. El viejo caballero y yo nos alejamos contentos de Rivas.

Además de varias haciendas, el viejo caballero poseía una magnífica casa en San Jorge, donde residía su familia. Nos adelantamos bastante a la tropa y llegamos hambrientos, por lo que mi acompañante sugirió almorzar en su casa antes de presentarnos al cuartel. Tan bueno como el almuerzo, lo fue el vino. Su esposa y tres simpáticas hijas se sentaron a la mesa con nosotros, preocupándose de que no faltara la uva en las copas; en una de tantas rondas el viejo se excusó, yendo a un cuarto contiguo. Las damas llenaron de nuevo las copas. De pronto, noté que el viejo no regresaba. Me levanté de un salto, requiriendo a la señora sobre el paradero de su marido. Ella sonrió con gazmoñería, parpadeó y me aseguró que lo ignoraba. Revólver en mano, registré el piso alto, los bajos y toda la casa pero el viejo se había esfumado. Lo busqué en el patio y el vecindario sin encontrar indicios de su paradero.

— "maldito canalla se quedó con mi pistola". *El Nicaraguense* no registra el incidente, pero el nombre de John McArdle figura entre los heridos en la batalla.⁸ Asimismo, protagonizó la anécdota del duelo relatado por Jamison en el capítulo anterior.

Cabalgando con toda la rapidez del caso me presenté en el cuartel para informar de mi infortunio al general Hornsby. Imagínense cuáles no serían mi sorpresa y disgusto al encontrar al prisionero susodicho refiriéndole entre gesticulaciones y reverencias cómo había abandonado la mesa, en donde “dejara al capitán bebiendo vino con las damas”. Explicó que se había presentado él solito ante el general Hornsby para probar que no abrigaba ningún propósito de fugarse y para demostrar que las puertas de su casa estaban siempre abiertas a los americanos. La artimaña del viejo zorro surtió su efecto, ya que el general Hornsby lo dejó en libertad bajo palabra. A las dos semanas desapareció el caballero, sin que se le pudiera encontrar.

El día que murió un soldado, el Intendente interino del regimiento se hizo cargo de sus efectos personales. Circuló con insistencia la noticia de que el soldado tenía en el bolsillo cuatro monedas de oro de a veinte dólares que se desvanecieron junto con él, aunque nunca supe si era o no verdad. De todos modos, eso bastó para producir una escena que estuvo a punto de destrozarse los nervios al Intendente interino. La clientela del atardecer de “La Taberna de a Rial”, que ese día era sólo de alistados, se reunió en dicho recinto para integrar una Corte que procesaría al Intendente interino, conforme la “Ley del Juez Lynch”, por haberse robado las monedas del muerto.

Sobra decir que se le encontró culpable, siendo sentenciado a morir en la horca. Todo estaba supuesto a ser una broma, sólo que el acusado lo ignoraba y tal vez jamás llegó a enterarse de su papel de víctima del sainete. Consiguieron una soga, lanzaron un cabo sobre una rama del roble y ajustaron el otro extremo al cuello del prisionero. Se pronunciaron varios alegatos en pro y en contra de la ejecución, hasta que alguien propuso que dejarían en libertad al acusado si paraba a la concurrencia un tonel de diez galones de whisky del *saloon*. La moción fue vitoreada y el prisionero logró su libertad. Al día siguiente, el Intendente interino ya no amaneció en San Juan del Sur y nunca más se le vio por allí. Lo ocurrido fue una vergüenza para quienes intervinieron y sólo se puede excusar alegando que los soldados a menudo cometen actos sumamente reprochables cuando no se mantienen en constante servicio activo. A decir verdad, el Intendente interino era excelente persona.

Oriundo de Columbus, en Mississippi, el general Hornsby se imponía con su sola presencia: más de seis pies de estatura y recto como una flecha cheyenne. Afable y de grata conversación, era un personaje de gran dignidad, acentuada por una luenga barba en la que brillaban unas cuantas

hebras grises. En Nicaragua ningún riflero igualó su puntería. En una ocasión tuvimos conocimiento de la presencia en San Juan del Sur de numerosos espías costarricenses, impartándose órdenes de perseguirlos y matarlos. El propio general Hornsby disparó y dio muerte a un espía al intentar arrestarlo.* Uno o dos días después, con las primeras luces del alba, yo descubrí a un espía a quien ordené detenerse. El hombre huyó en dirección a la residencia cercana del cónsul francés. Mi bala se incrustó en el dintel de la puerta mientras el espía escapaba cruzando el corredor en dirección a los patios traseros de la casa.

El 13 de Octubre de 1856 por la tarde fui testigo, en Granada, de una escena tan conmovedora por su puro sentimiento que los ojos de todos los presentes se arrasaron de lágrimas. El día anterior se había librado la encarnizada batalla de Masaya, y los carniceros de Zavala habían asesinado a sangre fría a muchos de nuestros más fieles camaradas y amigos, entre ellos a varios ministros protestantes residentes en Granada. Acabábamos de desalojar a Zavala de Granada, quien dejó a doscientos de sus soldados muertos en calles, veredas y casas, además de igual número de heridos que quedaron a merced de los americanos. El general Walker no había dormido por dos días con sus noches, y, necesitando de descanso, se dirigió a una casa frente a la iglesia de San Francisco en donde nos encontrábamos algunos oficiales, entre otros el coronel Markham, el mayor Sutter, el capitán Lewis, el mayor Schwartz y yo. Se acostó en una de las hamacas del cuarto y pronto se sumió en profundo sueño.

Al poco rato entró a la habitación silenciosa y respetuosamente el padre Vijil, quien se veía cansado y preocupado, y parándose junto al caudillo dormido, con los brazos en cruz ofrendó una muda plegaria, las lágrimas rodándole por las pálidas mejillas mientras sus labios musitaban la

* El corresponsal del *Bulletin* de San Francisco informó desde San Juan del Sur el 7 de Julio de 1856: "Hace pocas semanas el general C. C. Hornsby estaba al mando de los departamentos de Rivas y Guanacaste, con sus tropas acantonadas en este lugar. El General no se distingue especialmente por hábitos de sobriedad ejemplar, y una noche, un poco más alegre que de costumbre por los efectos de numerosos tragos de líquidos que no eran precisamente agua, imaginó que el dueño de una casa en la esquina de la plaza con la calle Vanderbilt era traidor y espía. En consecuencia, a eso de las diez de la noche (una hora después de haber cerrado todos los expendios de licores en el pueblo, cumpliendo los reglamentos militares), se dirigió con el teniente Clark a dicha casa, golpeó a la puerta y exigió que se le admitiera, sin identificarse ni explicar el motivo. Al negarse a abrir el ocupante del cuarto, Hornsby rompió la puerta de una patada a la vez que disparaba su pistola hacia adentro. Un francés, panadero del establecimiento, yacía en su catre a unos tres pies de la puerta y recibió en la tetilla izquierda una bala que lo atravesó, matándolo casi instantáneamente. Apenas le dio tiempo de proferir: De haber sabido que era usted, general Hornsby, le habría abierto la puerta".⁹

inaudible súplica. Luego el padre Vijil dio media vuelta y se retiró sin hacer ruido. Nadie dijo una palabra, pero todos se conmovieron por la piedad del humilde sacerdote, y hombres cuyos ojos no conocieron por años una lágrima, bajaron la cabeza para ocultar su emoción.

Guerrero era el nombre con que lo bautizó cariñosamente la Falange Americana. *Guerrero* era un perro. Si antes tuvo otro nombre, se escondía en la oscura fronda de su ignoto árbol genealógico. Su hogar era el cuartel del ejército en Granada. Al toque del clarín y al redoble del tambor era el primero en acudir a la plaza de armas, y siempre iba a la vanguardia en las marchas y batallas con las orejas alerta y la cola estirada, igual de impaciente por el encuentro como el más osado de la tropa. Al retumbo del cañón *Guerrero* saltaba y corría detrás de la humareda hasta las fauces mismas del enemigo, y se retiraba despacio y malhumorado, haciendo alto a intervalos para lanzar miradas al adversario. Aunque siempre estaba en primera línea en el combate, ningún proyectil perforó su pellejo peludo; parecía poseer un precioso amuleto que le preservaba la vida. No había en él nada de traidor ni desleal. Las golosinas no lo sobornaban y desdenaba las caricias.

Las victorias y las derrotas surtían el mismo efecto en *Guerrero* que en los soldados. Si nos derrotaban, volvía con las orejas gachas. Fue uno de los voluntarios en la batalla de San Jacinto el 14 de Septiembre de 1856. Esa expedición fue integrada por oficiales, antiguos oficiales y civiles, quienes se ofrecieron voluntariamente para una empresa que consideraban arriesgada. La mayoría de ellos resultaron muertos. Al salir la expedición, *Guerrero* marchaba al frente, alborozado por las perspectivas de la aventura. En la retirada de San Jacinto, regresó abatido y desconsolado. Se rezagó de la vanguardia hasta ocupar un vacío en la retaguardia y así entró a Granada, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas.*

Las extrañas posturas en que quedan los hombres muertos en combate nunca me impresionaron tanto como el 12 de Octubre de 1856 en Masaya. Practicando un reconocimiento me detuve junto a un soldado que, rodilla en tierra, apoyaba su rifle en la baranda de un portón para disparar a las cabezas enemigas conforme asomaban sobre una pared de piedra al otro lado de la calle. La bala que le perforó el cráneo y lo mató ni siquiera lo dejó moverse. Supimos lo acontecido hasta que se recibieron órdenes de retirarse a una posición más segura. Entonces vimos que el pobre soldado estaba muerto, aun cuando todavía empuñaba su rifle como para

* Jamison confunde la expedición de Goicouría a Chontales en Abril de 1856 con la de Byron Cole a San Jacinto en Septiembre, en cuanto al perro se refiere. Ver Anexo N° 11.

tomar puntería.

En la época en que el general Walker ejerció el control del gobierno de Nicaragua, recibió varias visitas protocolarias del rey de los mosquitos, quien siempre se presentaba penosamente urgido de licor.* El Reino de la Mosquitia, como se le llamaba, abarcaba desde la boca del río Coco hasta el delta del río San Juan, a lo largo de la costa del mar Caribe, región de pantanos, zancudos y paludismo. Inglaterra pretendía ejercer una especie de protectorado sobre ese territorio, e incluso le asignó un soberano, a quien le decían el Rey de la Mosquitia, cuyos requisitos para el cargo eran la absoluta estupidez y una subordinación sumisa y servil hacia el gobierno inglés, que mantenía establecimientos comerciales en San Juan del Norte y Bluefields.

Cuando estuvimos en Nicaragua, este rey, el negro más tinto que he visto en mi vida, se llamaba Walk. Al emborracharse, condición usual en él, insistía en que el parecido de su nombre con el del general Walker delataba una afinidad de consanguíneos. Por fortuna para el propio Rey Walk, jamás se le ocurrió decírselo al general Walker. La sed de brandy de este Rey Walk era sólo superada por su capacidad para ingerirlo de balde.

En la primavera de 1856, un aventurero llamado Capitán Kinney pretendió el trono de la Mosquitia y llegó a Granada a proponer al general Walker una especie de alianza ofensiva y defensiva. La entrevista fue corta. Por entonces se dijo que el general Walker dio un lapso mínimo al capitán Kinney para abandonar el suelo nicaragüense, y le apresuró la partida enviándole un edecán que lo condujera al muelle. Yo vi pasar a caballo por la calle al capitán Kinney, y parecía apurado. En Granada no se le volvió a mencionar, ni a él ni a su pretendido gobierno.**

* Todos los documentos de la época concuerdan en que el "rey de los mosquitos" nunca se le acercó a Walker ni visitó Granada. La abundante correspondencia del cónsul inglés en Greytown (San Juan del Norte) no permite duda al respecto.¹⁰ Una descripción detallada del "Rey Mosco" y de su "residencia" en Bluefields, tomada de una obra publicada por "Un Artista de Nueva York", se reprodujo en *El Nicaraguense* e informa que "Su Majestad", George William Clarence por nombre y de edad 19 ó 20 años, valdría en un mercado de esclavos sureño unos mil doscientos dólares.¹¹ Por otro lado, en una gacetilla titulada "Realeza en la Cocina", un sanjuanefo comunica que "la Princesa Phillipa, hermana del Rey negro Mosquito, es ahora sirvienta en la casa de un predicador de color llamado Smith" en San Juan del Norte.¹²

**Ver datos sobre Kinney en el Anexo N° 12.

Se permite la reproducción sólo para estudios académicos sin fines de lucro, y citando la fuente - FEB